

**EL PROYECTO COMO PROCESO ARTICULADOR DE SABERES:  
PROYECTANDO EL LUGAR**

Martín, Yuraima

Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

yuraelena@gmail.com – ymartin@fau.ucv.ve

Ya desde la antigüedad, se nos propone la idea de que al hablar de lugar nos referimos al lugar *de alguien o de algo*, no de la noción de lugar como algo abstracto ó meramente físico, aséptico de toda injerencia o presencia humana, sino como el producto de un proceso histórico cultural que ha decantado en ese lugar y expresa este proceso (Sennet 1994; Martín, 2002).

En este trabajo reafirmamos entonces las ideas que distinguen el lugar del espacio. El espacio nos refiere a nociones geométricas (distancias, direcciones, proporciones, volumen, etc.) separando la forma material de la interpretación cultural (Hillier & Hanson, 1984. c.p. Gieryn, 2000). El espacio es aquello en lo que el lugar se convierte cuando el específico conjunto de cosas, que lo significan y valorizan le son extraídas. El lugar es espacio habitado, vivido, "llenado" por objetos y por prácticas y representaciones humanas (De Certau, 1984; Harvey, 1986 todos c.p. Gieryn, 2000). El lugar puede ser el edificio, la calle, el monumento, los espacios abiertos, y conlleva el ensamblaje, la articulación de "marcas" geográficas e interpretaciones, representaciones e identificaciones de los actores que lo habitan. Son dos los dominios del lugar, el dominio material y el dominio interpretativo, el físico y el semiótico, y aunque operan autónomamente lo hacen en dependencia mutua (Bourdieu, 1990. c.p. Gieryn, 2000). La vida de los seres humanos acontece, se sucede en los lugares, los lugares son por tanto el fruto de prácticas e instituciones sociales que se suceden en ellos y al mismo tiempo el lugar contribuye a la construcción de estas prácticas e instituciones (Giddens, 1984 c.p. Gieryn, 2000). El lugar por lo tanto media la vida social, es algo más que una variable independiente (Abu-Lughod, 1968. c.p. Gieryn, 2000).

Esta noción de lugar como espacio habitable en el que se despliega el habitar como modo de ser, como experiencia vivida, implica reconocer que el lugar reúne y ordena los objetos del

mundo para propiciar el modo de vivir en él, pero también implica reconocer que el lugar es mundo construido, sólo es posible su existencia por su construcción por parte del hombre. *"Esto es lo que Bollnow- discípulo de Heidegger denomina la doble concepción del lugar"*. El lugar como espacio concreto construido, el lugar como espacio para el modo de vida (De las Rivas, c.p. Guitián, 2000).

Muntañola, partiendo de su noción de lugar socio-físico, nos plantea el reconocimiento de la naturaleza del lugar como entrecruzamiento entre acontecimiento y estructura; lo cual posee un significado social (sentido) topogenético que se origina en las tres dimensiones inherentes al lugar habitado la dimensión ética, estética y científica.

El lugar como acontecimiento se refiere al hecho de que el hombre se sucede en el espacio, pone su impronta, lo marca, fija sus criterios de estética, es decir, lo altera, lo dirige, lo dota de discurso, se comunica con él; por lo que el lugar termina siendo producto del sucederse humano, es decir, el lugar es un acontecimiento humano (Martín, 1999). El hombre se actúa en el espacio, cuando hay otro u otros con quien se comunica y comparte el espacio, el lugar cambia de significado psicológico y emocional para quienes se suceden en él y para quien lo representa o trata de representar. Esto se articula con la condición socio-física del lugar en la que podemos identificar la estructura cultural en el proceso histórico constructivo que se revela en él.

Estos planteamientos nos remiten hacia atrás en la historia de la arquitectura, donde encontramos cómo la doble dimensión cultural y natural presente en los espacios habitados por el hombre ha sido destacada en los tratados de L.B. Alberti. En este sentido, Choay (1980), Saura (1988), plantean que la noción esencial de "concinntas" en la *De Re Aedificatoria* albertiana (que califican de raíz aristotélica), debe interpretarse bajo el prisma de la analogía entre naturaleza y cultura como el origen de las obras arquitectónicas, yendo más allá de la imitación de formas o mera búsqueda de proporciones divinas.

Muntañola nos propone entonces una estética de la arquitectura en la que la lógica del proyecto se desprende de sus dimensiones éticas. La lógica de la transformación de un lugar

es dialógica, su estética se estructura en poéticas y retóricas inmersas en la cultura e historia que las crea y sus medidas éticas y políticas se expresan en las leyes que lo rigen.

Entendemos entonces la arquitectura como una forma de pensamiento que opera en la construcción de lugares para la vida, una mediación científico-técnica, ética y estética entre el hombre y su medio y una adecuación simbólica entre su razón compositiva y expresión material, de tal manera que nos resulta evidente que el abordaje de sus proyectos reproduzca tal mediación.

De esta forma, para realizar la práctica de la configuración de lugares, el arquitecto recurre a su instrumento clave, **el proyecto arquitectónico**, sin embargo son diversas las ideas que manejamos en este sentido, evidentemente dependiendo de cómo entendamos y abordemos la práctica del oficio, en este sentido conceptualizaremos y recurriremos al instrumento.

En la actualidad podemos decir que hemos superado el afán metodologizante de los años 60/70 y pareciera aceptarse que puede haber distintas maneras de proyectar y, naturalmente que cada una de ellas producirá una arquitectura diferente. Sin embargo, aún podemos distinguir tendencias claras que diferencian metodológicamente, perspectivas de abordaje del proceso proyectual.

Por ejemplo, las metodologías que inspiradas en "el diseño moderno" Pericot (1991) se basan aparentemente en principios racionales pero que paralelamente suponen el rechazo sistemático de la propia capacidad de pensar y de la "sensibilidad y subjetividad" en los procesos de producción. Estas son metodologías proyectuales que se consideran más científicas y objetivas, mientras más menospreciaran las influencias de las iniciativas y aportaciones individuales y personales. Fiel a una lógica única y matemática, esta concepción, que se centra excesivamente en la información técnico-constructiva, pasando por alto la necesidad de la existencia argumental, defiende que los problemas de diseño solo pueden resolverse a partir de unos conceptos predefinidos y procesados rigurosamente en secuencias lógico-deductivas, quedando el proceso reducido a una simple práctica restrictiva y esquemática de efectos redundantes. Desde nuestro modo de ver esta concepción produce la ilusión de capacitar para un avance ordenado y preciso en el proceso proyectual,

pero en la mayoría de los casos conduce a soluciones conocidas, superadas y que a menudo están muy por debajo de las posibilidades y requerimientos derivados de la condición propia, viva, nueva, única del problema a resolver. Son formas de abordaje que no aceptan la naturaleza compleja, integral y holística de la realidad.

En la tradición académica, el discurso sobre el proyecto arquitectónico alude al resultado, al producto, y no a los procesos que tienen lugar para garantizar la producción del objeto. Sin embargo, Guitián (1998) insiste en retomar los aportes filosóficos que nos apuntan que la esencia del proyecto radica en su condición de anticipación de posibilidades, se define por su realización, se refiere a la posibilidad de hacer o de pensar y es en esta práctica social que implica un hacer y un pensar, en un espacio-tiempo determinado donde radica su condición de acción social. Esta práctica proyectual se fundamenta en la condición de reconocer recursos y limitaciones, físico-naturales, sociales, históricos, económicos, políticas, etc., en el proceso de prefiguración de una acción futura, para lo cual el proyectista acude a la representación como lenguaje y como contenido de su proposición (Guitián, 1998:10). En este sentido, queremos destacar la capacidad de la acción de proyectar el lugar para la vida, de articular conocimientos, saberes, relacionados con el territorio, su historia y las prácticas sociales existentes en el mismo. Consideramos que toda acción que esté relacionada con la transformación del hábitat humano siempre será de especial trascendencia para sus habitantes. Esta condición le asigna un particular valor y potencial al proyecto como instrumento de esa transformación, ante la posibilidad que ofrece de servir de escenario en, y alrededor del cual, generar procesos integradores de esta diversidad y complejidad de contenido.

En este trabajo nos referimos, entonces, al proyecto arquitectónico como la acción de anticipar posibilidades - prefigurar acciones futuras- que se fundamenta en la condición de reconocer las diferentes dimensiones (físico-naturales, sociales, históricas, económicas, políticas, etc.) que constituyen la realidad, y para lo cual el proyectista acude a la representación como lenguaje y como contenido de su proposición. "El proyecto es la síntesis compleja en la cual convergen multiplicidad de saberes y procedimientos metodológicos que vinculan lo artístico- estético, lo científico y lo ético. De esta manera, a

continuación proponemos el conjunto de dimensiones que caracterizan el proyecto arquitectónico desde esta perspectiva de aproximación:

- **La sabiduría virtuosa del proyectar**

La máxima sabiduría-virtud-arquitectónica significaba para Aristóteles el cenit de la excelencia de la virtud y de la sabiduría práctica, que se aprende no solo por la práctica de la virtud y del juicio o en la deliberación sobre la acción, sino gracias a una capacidad de juicio que no está en la sabiduría-virtudes normales. Esta se caracteriza por proyectar el futuro, por ser capaz de ser justo, no por una virtud inherente al presente sino por la capacidad del juicio reflexivo sobre la realidad de la propia acción.

Esta actuación debe fundamentarse en el fortalecimiento, cada vez mayor, de la capacidad de juicio reflexivo sobre la realidad en la cual actuamos; el conocimiento de los procesos y dimensiones que configuran la realidad a la cual nos enfrentamos es una fuente inagotable de sabiduría-virtuosa que enriquecerá y adecuará aún más nuestras posibilidades de actuación en esta realidad específica.

Esta dimensión del proyecto se refiere a una "sabiduría" que prevé, que anticipa el mejor lugar posible y que ha de tener la capacidad de evaluar hasta qué punto unas medidas, funciones y formas espaciales podrán subsistir en el tiempo o deberán transformarse; se trata de una sabiduría que debe ser capaz de reflexionar sobre el pasado y el presente y a partir de allí, conformar un futuro mejor para todos.

Esta aguda crítica del pensador griego nos plantea que asumir la complejidad que representa el lugar, comienza por el reconocimiento de que cada vez que actuamos como arquitectos, estamos transformando la realidad ineludiblemente, estamos transformando el territorio y las diferentes redes sociales que en él se articulan sobre y a partir de él; parte por asumir; la enorme responsabilidad ética que significa esta transformación junto con el hecho de que estamos tomando decisiones por "otros", planificando el modo de vida de otros, tenemos en nuestras manos, con nuestra actuación, la posibilidad de aportar soluciones, resolver sus necesidades sentidas, contribuir a mejorar la calidad de vida de esos otros o de simplemente, no hacerlo.

Al respecto, coincidimos con Subirats (2003) quien nos propone la necesidad de que los arquitectos *“repoliticemos la arquitectura”*, que reintroduzcamos la política en lo que hacemos; lo que implica preguntarnos: ¿para qué sirve lo que hacemos? ¿quién gana y quien pierde con ello? ¿al servicio de quién ponemos nuestro trabajo? Este filósofo español hace un llamado a los arquitectos en el que plantea que *“un arquitecto, como cualquier otro técnico, debería comenzar a tener problemas de conciencia si desvincula totalmente soluciones técnicas de problemas sociales y objetivos explícitos en relación con lo que se le pide”*. Estos planteamientos intentan hacer énfasis en la necesidad de retomar, en el discurso y ejercicio disciplinar, aquellos aspectos que a través de la historia de la arquitectura siempre han sido importantes, pero que con el paso del tiempo hemos ido dejando de lado. El valor de las convicciones, la responsabilidad ética sobre lo que hacemos, el saber que nuestra actuación debe principalmente contribuir a mejorar la calidad de vida de la gente con el menor impacto ambiental posible.

- **El saber de la historia o proyectar recordando**

Uno de los errores del pensamiento moderno de la primera mitad del siglo XX, fue pensar que se podía estar adscrito a una doctrina permanente o a una definición científica de intención arquitectónica, independientemente del lugar y de las formas culturales. Proyectos como los rascacielos en Berlín 1918 o los edificios en Alexander Flats 1921 de Mies Van Der Rohe o los proyectos para la zona central de París 1936 de Le Corbusier, no sólo tienen en común la misma representación sino la misma sensibilidad en la definición de un tipo de relación entre la arquitectura existente y la arquitectura que se proyecta como nueva. Lo nuevo se impone sobre lo existente generando una herida, una cicatriz muy difícil de suturar.

En este sentido, nos parece importante retomar la noción de Ricoeur (1986), que establece que el proceso proyectual es un proceso que asemeja al proceso de "recordar" a aquello que es la "memoria". Como diría Ricoeur inspirado en Aristóteles: el proyecto devuelve presente lo ausente, distinguiendo dos tipos de ausencias, la ausencia como simple irreal (lo imaginario) y la ausencia que ha sido lo anterior (lo que para Aristóteles es la marca distintiva de la memoria). Cuando proyectamos hacemos presente algo que no está pero

que ha estado. *"Existe pues, una re-interpretación de lo existente desde el proyecto, una necesidad de ruptura, no solamente para redescubrir lo que existe, sino para inscribir en la realidad una nueva perspectiva de futuro"* (Pellegrino, 2000:12). De esta forma el proyecto es una porción (trozo) en el espacio y el tiempo.

A menudo los arquitectos entendemos el proceso proyectual como el resultado de un conjunto de ideas autónomas, producidas únicamente por el genio de su autor, inspiradas o argumentadas en el conocimiento disciplinar exclusivamente, a manera de "invento", "novedad" y "acto original". Por supuesto que en el proceso proyectual la dimensión estética surge de las capacidades intelectuales del autor, de sus capacidades poéticas y retóricas, de sus facultades relacionadoras. Pero estas capacidades están siempre referidas a imágenes, ideas, situaciones, que hemos visto, sentido, escuchado en un tiempo pasado; son el producto de la activación, en el presente, de un diálogo que nos permite proyectar hacia el futuro recordando hacia el pasado, que nos permite a partir del conocimiento de lo que ha existido, lo anterior a nosotros, conocer lo que existe y prefigurar, prever, proyectar una situación para un acontecer futuro. Este diálogo en el tiempo debe ser también un diálogo en el espacio, entre las múltiples dimensiones éticas, estéticas y lógicas que están presentes en todo lugar o en todo tiempo depositado en el espacio.

#### ▪ **El saber relacionado del proyecto**

Partiendo de la premisa que reconoce el proyecto como representación de la realidad, lo que evidencia que estamos involucrando la categoría conocimiento en el proceso de prefiguración de la realidad, el proyecto entonces implica conocer.

Es este sentido, la idea de lugar desarrollada por Norberg-Shuldz (1988) aparece relacionando lugar y acción humana en la arquitectura; destacando la importancia dada al problema del conocimiento, de la comprensión del lugar. Solo entendiendo nuestro lugar, podemos participar creativamente en su transformación y contribuir a su historia. Esta posibilidad estará vinculada a la capacidad de relacionar.

En este sentido, asumimos una actitud ante el proyecto arquitectónico, forjada en la búsqueda de articular los rasgos locales promovidos desde el sujeto en el lugar y sus

dimensiones globales, como corresponde a cualquier obra de alto contenido poético artístico, en la búsqueda de lo que denomina una "modernidad específica" (Muntañola 2000).

Esta articulación poética pasa necesariamente por reconocer y sentir lo único de cada lugar y que el proyecto es capaz de prever y posibilitar. "*Es decir, que el oficio del arquitecto es, a la vez solidariamente, un saber unas maneras de hacer muy antiguas y una atención ante lo nuevo, lo único, lo específico de cada proyecto.*" Muntañola nos precisa que justamente para descubrir esto que es específico y único de cada proyecto y que nos permite avanzar en la producción de lugares para la vida, es necesario que el arquitecto esté extremadamente atento al contexto cultural en el cual actúa y no solo al texto físico, formal y funcional (Muntañola y Zárate, 2001).

*"El espacio conforma, no ya un uso, sino una interacción óptima, es decir una cultura determinada".* No se trata de buscar un uso concreto del espacio, sino de profundizar en la búsqueda de un espacio que permita fundamentar las interacciones posibles de una cultura, que sirva de soporte a una manera, una cultura, de relación con la naturaleza, y así, de interacción social integral, sensible e inteligible (Muntañola, 1992)

A partir de estas consideraciones, la competencia del arquitecto es por consiguiente, *"entender en la proliferación de formas y mecanismos que se producen constantemente, entender, órdenes, líneas, vectores, fuerzas, que permitan introducir algún tipo de entendimiento, clarificación de este proceso en permanente estado de transformación"* Solá-Morales (1995). Por su parte Moneo nos indica que quien es capaz de comprender lo que hay de permanente en un lugar y lo cambiante que se puede gestar allí, es verdaderamente capaz de actuar en este lugar (Moneo, 1999).

Entonces, un proyecto arquitectónico o urbanístico como algo lanzado al futuro, no se reduce a una adaptación a la realidad, a lo existente, sino que es el resultado de una re-lectura y re-significación de la misma. El verdadero desafío radica en la capacidad de comprender en esa relectura aquello que es propio, único de ese lugar, y que debe permanecer en el tiempo como él mismo.

- **La diferencia como fuente de conocimiento: el saber de la alteridad**

En este sentido nos parece interesante la noción de diferencia opuesta a la de repetición, de alteridad opuesta a la identidad, propuesta por Bajtin (1981). Esta noción diferencia con viejas raíces filosóficas en Heidegger, cuestiona el ideal de la cultura de los últimos siglos: el ideal del pensamiento único, de la cultura homogénea; lo que en arquitectura podríamos referir como el ideal de la repetición, de volver a hacer aquello que siempre se había hecho, volver a construir el orden, la simetría, la estabilidad, de aquello permanente, durable, inamovible. Solá Morales (1995) plantea que la noción de diferencia es también útil para la arquitectura. Sin embargo para este autor, la diferencia en la arquitectura significa introducir un factor de dinamismo, de transformación, de temporalidad y por lo tanto un modo mediante el cual nuestra mente parta de la diferencia como el esquema, como la formalización a partir de la cual la arquitectura y la ciudad pueden pensarse. Pensar desde la diferencia es pensar que entre este momento y el siguiente hay, aunque sea infinitesimalmente, una diferencia y sólo en la diferencia aparece el conocimiento, porque comparando las diferencias surge el saber de estas diferencias.

Consideramos que esta noción puede ser muy estimulante y sugerente pero sigue siendo muy abstracta, por lo que acudimos nuevamente a Bajtin quien propone la dialogía de las diferencias como "condición de posibilidad" concreta en la producción de una obra de arte. Posibilidad objetiva, material, histórico-social, y no abstracta, utópica; la cual, por su constitución está imposibilitada a ser indiferente respecto al o "los otros", al o "lo otro". Ponzio (1998), nos indica que para Bajtin, nuestro encuentro con "el otro" no se realiza sobre la base de la tolerancia o el respeto (que son iniciativas del "yo") sino que el otro impone su alteridad irreductible sobre el "yo", independientemente de las iniciativas de este último. Es el "yo" el que se construye y tiene que abrirse camino, que ya pertenece a otros. Esto sucede en el ámbito lingüístico y en el ámbito de la construcción de nuestra propia conciencia. Pero, el autor insiste en que para Bajtin la conciencia está hecha de lenguaje y por lo tanto está hecha de relaciones sociales y al respecto afirma que *"nuestras palabras las tomamos de la boca de los demás" y están configuradas con intenciones ajenas antes de que nosotros las usemos como materiales e instrumentos de nuestras intenciones"* (op.cit:26).

De esta forma, Bajtin destaca que todos nuestros discursos interiores, es decir nuestros pensamientos, son inevitablemente dialógicos; el diálogo no es una propuesta, una concesión, una invitación del yo, sino una necesidad, una imposición de un mundo que ya pertenece a otros. *"Por lo tanto el yo es desde sus orígenes algo híbrido, es un cruce. La identidad es un injerto"* (op.cit:27). Esta identidad individual es aplicable a la identidad del lenguaje, de un grupo social o sistema cultural. *"Un grupo social se reconoce a través de un complejo proceso de diferenciación con respecto a lo que es diferente"*. En palabras de Bajtin, *"una lengua, puede verse solamente a través de los ojos de otra lengua"* (op.cit:28).

Nos parece que esta idea del valor de la diferencia, puede sernos muy útil, pues sólo comprendiendo aquello que es propio, específico, local y global a la vez en un determinado lugar, su configuración física y quienes y por qué lo han conformado así, podremos comenzar a pensar en su intervención, a partir del reconocimiento de que antes ha existido algo, que es diferente a lo que ahora puede ser y que lo han pensado y ejecutado otras mentes antes que nosotros de determinadas maneras, respondiendo a determinadas circunstancias.

En este sentido en este trabajo planteamos que, el proyecto arquitectónico debe considerar la propuesta teórica que subyace en la idea de "construir sobre lo construido", pero desde una perspectiva dialógica, que en vez de hacer alarde -como usualmente ocurre- de ser la obra pionera, sin referentes pasados, cuya misión es fundar (y no re-fundar) el lugar y de ser construida a espaldas de los usuarios (anotándose los profesionales un triunfo si evitan su participación en el proceso de diseño) logre conseguir que el espacio arquitectónico sea la consecuencia de un dialogo social, generado a partir de la cooperación entre disciplinas, culturas, etc., que sirva de soporte y estímulo para la interacción social, cultural y educativa precisa.

El espacio conforma, no ya un uso, sino una interacción óptima, es decir una cultura determinada. No se trata de buscar un uso concreto del espacio -como se ha criticado de muchos estudios de la sociología del espacio -sino de profundizar en la búsqueda de un espacio que permita fundamentar las interacciones posibles de una cultura, que sirva de

soporte a una manera, una cultura, de relación con la naturaleza, y así, de interacción social integral (Muntañola, 1992).

▪ **El saber de “el otro”**

En el ámbito profesional de la arquitectura, desde principios de los años 60 ya se discute sobre el papel del “usuario”<sup>1</sup> en el proceso de diseño; estas discusiones constituyen un antecedente fundamental de la propuesta teórica de este trabajo: la necesidad de hacer del proyecto un escenario comunicativo, de configurar el lugar a partir del diálogo entre quienes lo piensan y quienes lo habitan o habitarán, de la consideración de “el otro”, sus “voces”, su punto de vista, su cultura, como aspecto inherente del proceso proyectual.

Recordemos los artículos de John Turner sobre sus experiencias en barrios peruanos y las experiencias de Christopher Alexander que exploraban métodos efectivos de valoración de los requerimientos del usuario para ser incorporados al proceso de diseño.

La historia nos indica que la idea de la participación del usuario en el proceso de prefiguración del lugar tiene suficiente tiempo rondando el pensamiento sobre la arquitectura y en la actualidad podemos discutir acerca de cuán útil ha sido su aplicación y qué posibilidades puede ofrecernos en el futuro.

En este sentido, de especial relevancia es hacer referencia a la vasta experiencia de “diseño participativo” desarrollada por Sanoff (1990) y su equipo en el Estado de Carolina del Norte, en los Estados Unidos y que sistematizan en el campo académico en la Escuela de Diseño de la Universidad del mismo Estado.

Este autor nos refiere que la participación se produce cuando el usuario es involucrado en el proceso de toma de decisiones a través del cual se pretende transformar el lugar que habita

---

<sup>1</sup> Al hablar del usuario nos referiremos al beneficiario, a la gente que habita o habitará el lugar en cuestión, pues consideramos que el término usuario limita la relación del hombre con su entorno socio físico a nociones funcionales, parciales, dejando de lado otras dimensiones que caracterizan esta relación. Los lugares no solamente se utilizan, sino que son habitados por personas específicas que los impregnan y son impregnados al mismo tiempo de significados y sentidos en un acontecer recíproco y continuo.

o con el cual está relacionado, es decir, se refiere al proceso a través del cual los futuros habitantes se involucran en la actividad de diseño. Esta perspectiva define el proceso de diseño participativo como la interacción "cara a cara" entre individuos que son convocados con un propósito concreto, la creación o transformación de un lugar específico. La especificidad de esta forma de abordar el proceso proyectual radica en la posibilidad de que los habitantes acompañen a los diseñadores en aquellos procesos de levantamiento de información, que les permitan identificar problemáticas, fortalezas, etc., y que también incidan en la toma de decisiones relacionadas con la transformación de su entorno y modo de vida. La idea es que esto se convierta en una posibilidad de comprensión de la realidad en la que acontece la vida de estas personas, a través de un diálogo abierto y un escenario de trabajo fundado en la comunicación y la confianza.

En este sentido, en un proceso proyectual participativo, los habitantes del lugar estudiado se convierten en protagonistas activos del proceso y son involucrados desde el inicio de la experiencia, en los primeros momentos del análisis para la comprensión de la problemática y el diagnóstico, hasta en el desarrollo de propuestas y recomendaciones que marquen posibles vías de solución de los problemas que han sido identificados.

Los métodos tradicionales de abordaje del proceso proyectual tienden a generalizar los requerimientos de la gente o a fragmentar la realidad a intervenir; en este caso se propone la generación de oportunidades de diálogo efectivo con la gente que habita el lugar, recurriendo a herramientas de las ciencias sociales que permitan al diseñador una comprensión más profunda de la condición humana. No se trata de descubrir qué quiere la gente, sino de conocer cómo se reconoce a sí mismo, qué es aquello que le es propio, cómo se representa a sí mismo y a los demás; e involucrarlo comprometidamente en el logro de sus deseos y satisfacción de sus necesidades.

En este concepto se distingue que la participación del habitante no debe restringirse al anuncio de sus necesidades, exigencia de satisfacción de sus deseos o a una simple aceptación o rechazo de una idea o propuesta hecha por el diseñador; sino a su inclusión en el proceso, desde sus fases de definición de los problemas, diagnósticos y propuesta de alternativas. Esta aproximación se basa en el concepto de democracia en el que se reconoce

como valioso el aporte de todos y cada uno de los diferentes sujetos; y nos refiere a una forma de trabajo que pretende ilustrar un intento metodológico en el cual el diseño debe ser entendido como un esfuerzo colectivo de toma de decisiones que opera bajo los principios democráticos.

Este aspecto es muy importante a considerar en sociedades en las cuales existen dificultades en el ejercicio de las libertades individuales de los ciudadanos, en cuyo caso la participación es especialmente relevante como mecanismo capaz de crear espacios de inclusión, de intercambio, de compromiso capaces de fortalecer y promover el ejercicio ciudadano.

Es importante resaltar que este tipo de enfoque es especialmente relevante cuando nos enfrentamos como profesionales al diseño del hábitat humano, al problema de la ciudad, y es interesante distinguir estos retos de la tarea de diseño de lugares de naturaleza más específica y delimitada como por ejemplo, unas naves industriales, una petroquímica, los cuales están fundamentalmente definidos por la actividad que en ellos se desarrolla y una demanda funcional específica. Esto no es lo mismo que diseñar una casa, barrio, edificio de uso colectivo, etc. Si los diseñadores están interesados en potenciar sus esfuerzos en la mejora de la calidad de la vida cotidiana de aquellos para quienes desarrollan su trabajo, debemos considerar e incorporar el aporte que puede significar la participación comprometida de los beneficiarios en el proceso proyectual.

Son muchas las ventajas que implica este tipo de abordaje, tanto para cada uno de los habitantes como para el grupo de la comunidad y los profesionales que intervienen en el proceso.

En primer lugar, desde el punto de vista social, la participación del habitante en el proceso de diseño permite conocer más profundamente las características y necesidades sociales de la gente, poniendo los recursos individuales a disposición del grupo comunitario específico. En segundo lugar, para el grupo de los habitantes su participación representa e incrementa la percepción de tener influencia en el proceso de toma de decisiones de diseño y aumenta la conciencia de lo que implican las decisiones tomadas; lo que repercute en la consolidación de un compromiso compartido para alcanzar una meta común.

En tercer lugar, para el diseñador, este tipo de acercamiento le permite acceder a una mayor cantidad, más relevante y directa información de la cual puede hacer un uso racional sin que ello afecte el proceso creativo. Esta forma de abordaje no pretende disminuir la responsabilidad del arquitecto en el proyecto, por el contrario, la aumenta, al introducirle nuevos factores que considerar y la necesidad de integrar y articular las diferentes visiones en la búsqueda de soluciones entendidas y respaldadas por todos los participantes. Este hecho no debe ser entendido como una camisa de fuerza que se impone a la capacidad creadora del arquitecto, sino como la posibilidad de ofrecerle al arquitecto una mayor cantidad de información, una visión más nutrida y acertada de la problemática a la que se enfrenta, lo que más bien puede convertirse en rica fuente creativa para su imaginario.

Este enfoque propone ampliar el rol del profesional del arquitecto sumándole el rol de instructor y facilitador del proceso de diseño, intentando potenciar su valor, utilidad, estima y respeto en la sociedad.

La tarea del diseñador ya no es la de producir soluciones propias, acabadas y únicas, sino la de extraer las soluciones a partir del intercambio y conocimiento de la forma de vida y expectativas de aquellos y aquellas que serán finalmente afectados por dichas soluciones, quienes las habitaran. La energía del diseñador y su creatividad e imaginación debe ser dirigida a alcanzar el mayor nivel de conciencia de sus clientes o compañeros de equipo, es a través de la discusión, de este proceso de intercambio que la solución se va configurando como resultado. El diseñador expone sus opiniones, ofrece información técnica o especializada y discute las consecuencias de las distintas alternativas, tanto como los habitantes pueden también dar sus opiniones y contribuir desde el saber del que disponen, el heredado culturalmente, el que les brinda su experiencia, etc.

En estos procesos, no solo es importante el hacer más apropiada y apropiable la solución de diseño gracias al acceso y manipulación de una mayor y mejor información, sino también el crecimiento propio del grupo de participantes cuyo conocimiento y conciencia de sí mismos se ve también acrecentada. Como indica Verba (1981), si la gente que espera por los cambios participa decidiendo acerca de cuáles deben ser estas transformaciones y cómo deben llevarse a cabo, en poco tiempo esto puede implicar significativas transformaciones en

el comportamiento humano. Así mismo, promueve la participación de numerosos especialistas en diversos campos capaces de cooperar en el proceso de diseño, pues todos los esfuerzos son necesarios para aumentar la conciencia de la gente acerca del tema de la transformación de su hábitat. Los profesionales deberán hacer un gran esfuerzo en producir soluciones de diseño a partir, no sólo de sus propias representaciones del lugar, sino deben incluir también las representaciones de los habitantes.

Estas consideraciones sobre el proyecto superan la referencia al artefacto o producto objeto de la acción de prefiguración, refiriéndonos a los términos de la articulación entre la prefiguración de este objeto y el proceso de proyección a través del cual se produce este objeto, es decir, también nos referimos al proceso de configuración (construcción) y refiguración (uso) del mismo, pues esta articulación es lo que da lugar a la verdadera representación de la realidad en la cual pretendemos actuar como arquitectos.

El proceso proyectual nos remite entonces, a un proceso a través del cual a partir de la interpretación de los valores físico-naturales y los modos de vida que se despliegan en un tiempo-espacio determinado, se prefiguran (diseñan), configuran (construyen) y refiguran (utilizan, implementan) un conjunto de relaciones entre este lugar y su historia (espacio y tiempo).

Estas consideraciones nos evidencian, una vez mas, la condición colectiva del proceso proyectual y nos permiten posicionarnos desde una noción de proyecto que no acaba con la construcción del edificio, ni con su uso o puesta en escena, sino que el proyecto arquitectónico aun cuando se cristaliza al ser vivido y se convierte en lugar, siempre será una parte, porción del espacio y del tiempo ya que su uso (refiguración) lo mantendrá en constante transformación.

Es así como nos acercamos al proyecto arquitectónico, desde la hermenéutica/ dialógica -que va mas allá de la dialéctica materialista, la dialéctica es bidireccional- la dialógica implica un cruce de diferentes relaciones culturales de significados, de modos de hacer las cosas y de vivir y entender la realidad. Desde esta perspectiva de la investigación como interpretación-

comprensión, la realidad ocurre de lado y lado, hay una co-construcción en la que interviene la "voz" del investigador y las de los informantes.

El énfasis de este posicionamiento está en el análisis de los textos (proyecto y obra resultante) y sus discursos. Permite divulgar nuevas voces que normalmente no son escuchadas e involucrar a nuevos actores. Reconoce, valora y promueve la diversidad, las visiones y versiones de "otros" y su difusión por parte de los investigadores para producir prácticas nuevas. En este sentido, la comunicación, capacidad de intercambio y relación entre participantes, se convierte pues en el ingrediente fundamental de este tipo de enfoque, es una condición necesaria a los niveles personales y profesionales si se espera que la actividad grupal se active más allá de lo meramente inmediato.

### **Reflexión final**

Estas categorías nos proponen una manera distinta de abordar el proyecto arquitectónico por parte de los arquitectos interesados en la prefiguración y configuración del espacio habitable, cuya misión principal es la de comprender qué es lo que está pasando en ese lugar, cómo se ha originado, cuál es su naturaleza propia y en qué sentido debemos conservarlo o transformarlo y para qué y quiénes. Será el conocimiento de estos aspectos lo que deberá guiar nuestra actuación.

### **REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS**

BAJTIN, M. (1981) *The Dialogic Imagination: Four Essays*, ed. Michael Holquist, trans. Caryl Emerson & Michael Holquist. Austin: University of Texas Press.

GUITIÁN, C.D. (1998) *La biografía proyectual: ¿una posibilidad de encuentro entre investigación y diseño arquitectónico*. Revista Tecnología y Construcción. Vol.14-2, pp. 9-13. Caracas.

FERNÁNDEZ-ALBA, A. (2001) *La ciudad herida*. Huerga y fierro editores, S.L. Barcelona.

MARTÍN, Y. (2002) *Análisis y comprensión del lugar autoconstruido desde una perspectiva hermenéutica y dialógica*. Trabajo presentado para ascender a la categoría de asistente en el

escalafón de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela. Caracas.

MUNTAÑOLA, J. (2000) *Topogénesis: fundamentos de una nueva arquitectura*. Ediciones UPC. Arqitext 11. Universidad Politécnica de Cataluña.

\_\_\_\_\_ (2002) *Arquitectura, modernidad y conocimiento*. Revista: *Arquitectonics: Mind, Land and Society*. Vol.2. Ediciones UPC. Universidad Politécnica de Cataluña.

MUNTAÑOLA, J y ZARATE, M. (2001) *El lugar, la arquitectura y el urbanismo: elementos teóricos para el conocimiento y proyecto del ambiente socio físico*. Polis científica. Publicación científica de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.

MONEO, R. (1999) *La solitudine degli edifici e altri scritti. Questioni intorno all'architettura*, Umberto Allemandi & Co. Torino, London.

PELLEGRINO, P. (2000) *Le Sens de l'espace*. Livre II, La dynamique urbaine. Paris: Anthropos

PERICOT, J.(1991) *Límites pedagógicos del diseño moderno*. Temes de Diseny, 6. Barcelona.

PONZIO, A. (1998) *La revolución bajtiniana*. Fróneisis. Cátedra Universitaria de Valencia.

RICOEUR, P. (1986) *Del texto a la acción*. Fondo de Cultura Económica. 2.000. México.

SANOFF, H. (1990) *Participatory design: theory & techniques*. Raleigh, North Caroline.

SENNET, R. (1994) *Carne y piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza editorial, Madrid.

SUBIRATS, J. (2003) *Repolitizar la arquitectura*. Artículo de opinión, El país.

VERBA, S. (1995) *The Citizen as Respondent: Sample Surveys and American Democracy*. Presidential Address, American Political Science Association, *American Political Science Review* 90, (March):1-7.

ZABALA, I. & PONZIO, A. (1997) *Mijail M. Bajtin: Hacia una filosofía del acto ético: de los borradores y otros escritos*. Anthropos. Barcelona.